

Desde Alejandría

Autoría: José Villacís González

TIPO	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Relato literario	343-345	TDL-75-2020-343-345

RESUMEN DOCUMENTAL

Relato de carácter fantástico y metaliterario que encadena voces, épocas y referencias históricas desde la Alejandría romana hasta Rubén Darío. La narración juega con la imaginación, la identidad del narrador y los desplazamientos temporales, mezclando personajes y escenarios del mundo clásico y de la literatura hispánica. El cierre convierte la propia historia en el supuesto origen del relato titulado «Desde Alejandría».

PALABRAS CLAVE

relato · Alejandría · literatura · Roma · Rubén Darío · ficción histórica · metaliteratura

CITA BIBLIOGRÁFICA

José Villacís González. «Desde Alejandría». Torre de los Lujanes, n.º 75, 2020, pp. 343-345. ISSN 1136-4343.

Desde Alejandría

Por José Villacís González Me llamo Séptimo Severo y he cumplido treinta y tres años. La edad o mejor, la noción de mi breve eternidad, la percibí súbitamente en el Mare Nostrum, áureo y líquido frente a la costa delicuescente de Alejandría cuando perseguía decidido la nave de del almirante traidor llamado Antonino, enemigo de Roma, acaso es lo que pensé. La nave del pérfido, veloz y recta, dejaba un surco de espuma verde que pronto fuera pisada por la quilla de la nuestra. Inobediente a mi ángel de la guarda no seguí sus consejos y volé encima de las aguas.

Mi furor o audacia, me imaginaba-todo es imaginación al fin al cabo-, me hacía entender que mi aliento quemaba las velas enemigas y que pareciesen arder. Los huidos, ni siquiera me miraban y fueron indiferentes a mi impaciencia lo que inflamó mi ira.

El sol inclemente y occidental de la tarde, me quemaba los ojos y me dejó, lo recuerdo, ciego y feliz. Ordené mediante un movimiento violento de brazos, a mi compañero de mis guerras púnicas, Cornelio Romano, la orden incuestionable de estimular a los remeros: total 120 espaldas latigueadas pusieron empeño en cortar el mar. Asmáticos y esmerados siguieron el mandato. El dolor no fuera una opción.

De pronto, la nave de Antonino se detuvo, y en ese momento nos vimos cercados por babor, estribor y por la popa, todo por encanto, por tres naves que habían permanecido invisibles. Entendí súbito la trampa. Cornelio me observó iluminado por el sol.

Empezaron a volar sobre nuestra cubierta bolas de fuego y aceite hirviendo azulado. Debo decir que las salpicaduras candentes no nos produjeron dolor, porque es el terror, lo que nos priva de los sentidos. En cierto sentido el dolor nos purifica.

En las aspas de la locura, del grito, la amenaza y el espanto, dimos muerte a los soldados saltadores a nuestra cubierta, pero iban llegando continuos y sin piedad, y nos devastaban. Ciertamente era que el sol daba tonalidades amarillas y naranja, al festival de sangre y ese arco iris, fuera el marco para los héroes.

Para justificarme —eso creí—, salté a la cubierta del barco que estaba a babor, pero perdí el equilibrio y caí. En esa ingrátida suspensión, tuve un momento dilatado de dicha que la sentí en la boca del estómago. Duró más o menos un siglo.

Caí en las cálidas aguas y mi cuerpo se reconfortó y el odio se disolvió. Me sentí libre. Empecé a tragar agua. Me quité la armadura metálica para aliviar el peso, pero me hundía. Logré subir el cuerpo para obtener la última respiración. Cornelio me observó desde el borde de la nave y magnánimo me disparó una flecha en el corazón que me suministró epinefrina y que me devol-

vió a la vida en la cama el Hospital Jiménez Días de Madrid. Por ahora sobrevivirá, dijo el cardiólogo a mis familiares que cruzaron la esperanza y también la desesperación ante el notario que anotaba y organizaba mi herencia de un millón de euros en activos financieros bancarios asiáticos. Pasó encima un avión Boeing 737 que generó un rumor oscuro que hizo vibrar la cama y los vasos. Recordé las frases del gran Cervantes: puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte esta te escribió, y fue que fugada la memoria entró un sacerdote que ocupó la luz insípida y cenital, despejó a la muchedumbre de la habitación y me impartió la extremaunción con un hisopo de plata que dejó un halito de lavanda fresco.

Recobré fuerzas para comulgar de rodillas, pero una energía interna me hizo ponerme de pie en una escuela de Managua, calurosa y húmeda, de paredes cubiertas del verdín de un moho incipiente, y fue que les dije a mis alumnos, buenos y alucinados: ¡ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines, la espada se anuncia con vivo reflejo; ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines. Abrió la puerta el director, hombre sencillo y humilde que me recomendó una cura de reposo: don Rubén Darío, me dijo, debe usted descansar, y resultó que no puedo, es imposible y tomé una pluma de ganso la mojé en el tintero y le escribí a mi amigo Cornelio, un relato intitulado: *Desde Alejandría*. Empezaba por un soldado valiente llamado Séptimo Severo al servicio de la Roma imperial.